

por Salvador Leal

El Sol, nuestro Sol, estaba a punto de llegar a su posición más alta en el cielo. La hora se acercaba. Como lo marcan los códices y las tradiciones, el juego comenzaría en el instante preciso en que Huitzilopochtli, aquél por el que trabajamos, vivimos, dormimos y cantamos, llegara a su cenit.

Todos los juegos eran importantes, pero ésta no era cualquier confrontación para Mazatzin. Su vida dependía del resultado y no pensaba dejar que Totocani fuera quien se llevara el triunfo, la gloria y la supervivencia.

La confrontación en un juego de pelota nunca era sencilla; tan sólo para sobresalir entre los muchos practicantes se requiere dominar el cuerpo y la pelota con la destreza del jaguar y la velocidad del águila. Los arduos entrenamientos hacían desfallecer aún a los guerreros más fieros, logrando lo imposible: ser aquél que se bate en duelo para que la cosecha sea fértil, para terminar con las sequías y hasta para continuar sosteniendo el cosmos a través del sacrificio, la vida y la muerte, representadas todas ellas durante los eternos minutos que duraba un encuentro.

Mazatzin y Totocani no sólo eran los jugadores más fuertes y experimentados de todo el Anáhuac, también eran los más feroces enemigos. Lo habían sido desde siempre; Totocani y Mazatzin habían crecido juntos y con ellos, su odio mutuo y un afán de competencia pocas veces visto en el calmecac. Su confrontación final, fruto de las preferencias que cierta noble mexica tenía por uno de los dos, había causado un revuelo tal que el propio Tlatoani, gran emperador de Tenochtitlán, asistiría al gran juego.

El juego no fue fácil. El Sol, nuestro Sol, descargaba con especial saña sus rayos sobre los dos jóvenes que se batían en el campo. Por momentos parecía que uno aventajaba al otro para que, instantes después, éste se recuperara y cobrara terreno sobre el primero. Ninguno de los espectadores recordaba un encuentro tan cerrado y difícil, nadie podría pensar en otra ocasión donde las habilidades de cada jugador alcanzaran tal nivel de perfección y esfuerzo. El marcador, un conjunto de piedras

por Salvador Leal

verticales que movían sus muescas según los puntos que cada uno de los jugadores fuera anotando, miraba estoico el desarrollo del partido desde uno de los extremos de la cancha. Aún si alguien no supiera la importancia del juego que se libraba en esos momentos, habría bastado con que mirara con atención los relieves que adornaban las paredes de la cancha. Ahí vería las imágenes de dos jugadores rivales. El primero tiene una rodilla en tierra y acaba de ser decapitado; el opuesto lleva en una mano un cuchillo y en la otra, la cabeza del sacrificado. Del cuello de la víctima brota sangre en forma de serpiente.

El tiempo transcurría y los dos todavía estaban demasiado parejos para poder adivinar quién sería el ganador, aunque el Tlatoani, ansioso espectador de la maestría desplegada en el campo de juego, seguramente levantaría los brazos de los dos contrincantes en reconocimiento a su esfuerzo.

De repente, un certero movimiento de Totocani le dio la ventaja que tanto había buscado. La palidez cubrió los rostros de quienes apoyaban a Mazatzin. Si él no anotaba un punto en la próxima jugada, la victoria de Totocani sería un hecho y la sangre de Mazatzin correría por la piedra de sacrificios según lo establecido por los dos al momento de concertar el partido.

Durante los siguientes minutos sólo se escuchó la pesada respiración de los dos contendientes que ya no transpiraban sudor sino miedo.

Y de repente, sucedió.

La fuerza en el golpe que dio Mazatzin a la pelota jamás había sido vista y muchos juraron que sería obra de algún tipo de energía sobrehumana, resultado no sólo de años de entrenamiento sino inclusive de intervención divina. El tiro tenía la fuerza de un rayo y dio a los testigos mucho de qué hablar durante los años venideros. La pelota salió disparada, surcando el campo de juego y trazando el destino del partido.

por Salvador Leal

A la mañana siguiente, al despertar el alba, Mazatzin fue desollado vivo con una doble afrenta. No sólo había fallado el tiro y perdido el partido. El golpe fue tan rápido y potente, que el Tlatoani nunca supo que fue lo que lo mató.

- o -